

Joven tico

“Estuve a punto de mandarlo todo a paseo y de quedarme con El” (Mc 10, 17-27)

Tuve la oportunidad en la punta de los dedos y no supe aprovecharla. Esa es mi historia. La de quien cierra la puerta no cuando la suerte, sino la verdad, que es mucho más gordo, llama en su casa. Y lo que más rabia me da es que me faltó lo que se dice un pelo. Cuando El me miró tan fijamente, estuve a punto de mandarlo todo a paseo y de quedarme con El. ¡Hubiera acertado!

Hombre yo ya había oído que a sus discípulos los escogía El en persona. Y, además, con un criterio un poco desconcertante porque está claro que no se rodeó de gente de categoría ni de prestigio. Pescadores, mayormente, y algún que otro funcionario. Pero, vamos, gente de poca monta. Que, por cierto, se murmuraba que se había rodeado de un grupo tan gris precisamente para que nadie le hiciera sombra. ¡Una sandez como la copa de un pino! A El no le hacía sombra ni los miembros del Sanedrín reunidos en asamblea permanente. Lo que pasa es que hasta en eso El quiso marcar la novedad y la diferencia. El reino que El predicaba no era cosa de sabios, ni de poderosos, ni de ricos.

¡Si lo sabré yo! A mí me tiraba estar entre los suyos. Puede que fuera por snobismo o por vanidad. Cuando uno tiene dinero, se cree que todas las puertas las tienes abiertas. No fue así, y no porque El me cerrara el paso, repito, sino porque yo no iba, como suele decirse, ligero de equipaje. Había demasiados hilillos que me ataban. Y, ya se sabe que un hilillo le basta al pájaro para perder su libertad. No culpo a nadie más que a mí. Pero tendré derecho a desahogarme ¿no?

Como digo, yo quería seguirle. ¿Acaso había entonces en Israel algo más atractivo? Le salí un día al camino y bien creí que por mi cara bonita me iba a admitir en el grupo. El me dejó hablar y yo, un poco aturullado, le pregunté qué tenía que hacer para ganar la vida eterna. Pregunta un poco ociosa, lo comprendo, porque la respuesta era obvia. La que El me dio. Que guardara los mandamientos.

Tan obvia era la respuesta que ahí es donde empecé a no dar pie con bolo. Se me ocurrió replicarle que eso ya lo hacía desde siempre. Y, claro, ahí pequé de vanidad o de presunción porque di a entender que era ya perfecto y que no tenía nada que aprender ni que corregir.



Y fue entonces cuando El dio una vuelta entera al tornillo, “una cosa te falta, me dijo, vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza. Y luego, ven y sigueme”. Me fui y todavía no he vuelto.

Esa es mi historia. Estuve a punto de dar el salto, pero llevaba demasiado lastre en el corazón. Las riquezas son pegajosas y traicioneras. Te otorgan libertades, pero te quitan la libertad. Te dejan andar por la vida y no notas que vas encadenado. Junto a El hubiera sido libre. Aún siendo pobre. Ahora estoy convencido de que la pobreza es una forma de libertad.